

Cuadernos del Sur

Año 15 - N° 29

Noviembre de 1999

Saber, creer y votar.

1999: elecciones menemistas

Alberto R. Bonnet

De nuevo, después de las elecciones, nuestra pregunta es ¿por qué no les creen y sin embargo los votan? O más precisamente: ¿cómo pueden articularse las actitudes y discursos cotidianos que expresan descreimiento respecto de los partidos políticos y los candidatos del régimen, por una parte, con el apoyo obediente a esos mismos partidos y candidatos a través del voto, por la otra, ambas cosas en la carne y huesos de unos mismos ciudadanos?

Pues sucede que no les creen. Los actos preelectorales masivos desaparecieron de la escena: fueron reemplazados por artilugios como esas caravanas donde paseantes y curiosos son computados contra su voluntad como adherentes, o esos desembarcos de candidatos en cuanto feria o parque reúna a un puñado de domingueros, o incluso esa voz anónima que intenta convencernos por teléfono. Los programas políticos fueron desplazados de la pantalla a fuerza de golpes de *zapping*: los candidatos y sus siempre bien constituidas familias se exponen ahora

en programas de desinterés general para responder sobre dimensiones craneanas y tasas de chistosidad.¹ Y mientras tanto, en esta caja de supermercado o en aquella fila de banco, en el asiento de este colectivo o en el comedor de aquella empresa, en cualquier vecinazgo azaroso y en este mismo instante, hay quienes están despedazando a un juez, un diputado, un secretario o un candidato.

Pero sucede que los votan. La negativa a participar en las elecciones - ausentismo y votoblanquismo - aumentó significativamente a partir del ascenso del menemismo al poder e incluso parece haberse ubicado en una media duradera más alta que la previa.² Esta negativa es indudablemente una expresión



más de descreimiento. Sin embargo, el voto efectivo por los candidatos del régimen sigue siendo masivo y ese voto, en las condiciones de descreimiento reinante entre los votantes, sigue siendo

el jeroglífico clave que debemos descifrar.

La condición previa para emprender este desciframiento es reconocer y poner de manifiesto la propia existencia de ese jeroglífico. La mayor parte de las posiciones de izquierda ante las elecciones partieron, sin embargo, de una matriz común de interpretación que impide dicho reconocimiento. Esta matriz común responde a la idea de que el régimen y el sistema de partidos políticos del régimen atraviesan una profunda crisis de representatividad, una crisis cuya expresión, durante la coyuntura electoral, es precisamente ese descreimiento de los votantes.

A partir de esta matriz común pueden articularse variantes de interpretación y estrategias políticas optimistas o pesimistas. Las primeras derivan la posibilidad de un giro hacia la izquierda de parte de esos votantes, que estarían rompiendo sus vínculos con los partidos del régimen, y la estrategia adecuada consistiría en profundizar esa ruptura mediante la denuncia y presentarse a las elecciones como única alternativa ante dicho sistema de partidos: no les crea, son lo mismo. Los magros resultados alcanzados por la izquierda en las elecciones vienen chocando obstinadamente una y otra vez con esa interpretación y estrategia. La versión más extrema de este optimismo -propia-mente: su versión delirante- deriva en cambio la inminencia de un

levantamiento de masas (un argentinazo) que precipitaría aquella ruptura en los márgenes de la propia experiencia electoral, de modo que la estrategia adecuada sería la abstencionista-votoblanquista (no vote o vote en blanco). Sin embargo, las rebeliones espontáneas registradas entre los sectores más marginados en la última década (desde los saqueos de 1989-90, pasando por el santiagazo de 1993, hasta los cortes de ruta de 1997) no expresaron tendencias duraderas hacia una organización de masas independiente del sistema de partidos del régimen. Esa estrategia parece entonces condenada a girar en el vacío. Las variantes de interpretación más pesimistas, por su parte, entienden ese descreimiento de los votantes como apatía o despolitización y, más cautas, derivan la posibilidad de un giro hacia la derecha autoritaria de parte de los votantes. Sin embargo, fenómenos como los de Bussi en Tucumán o Patti y Rico en Buenos Aires no parecen hasta ahora, afortunadamente, expresiones de una tendencia generalizada entre los votantes.³

Todas estas interpretaciones contienen aspectos verdaderos, pero adolecen de un grave defecto: pueden ver árboles, pero permanecen ciegas ante el bosque. En efecto, parten de una matriz -esa supuesta crisis de representatividad- que parece permitirles reconocer e interpretar elementos secundarios de la realidad políti-

ca (giros a izquierda o a derecha de ciertos sectores sociales, apatía ante el mercado de candidatos o violencia contra las instituciones de parte de otros sectores), pero nunca el elemento dominante. Este elemento dominante no consiste sino en que, durante los últimos quince años, viene imponiéndose en nuestra sociedad una ofensiva capitalista sin precedentes, pero siempre en el marco de una democracia representativa. Abandonemos esa idea de una crisis de representatividad por un momento, entonces, e intentemos explicar la realidad política de otra manera.

Yo no creo, pero sin embargo... voto

Comencemos con la actitud del votante, retomando nuestra pregunta inicial: ¿por qué no les creen y sin embargo los votan?. El votante no cree en su candidato, pero aún así lo vota, como si le creyera. El candidato, por su parte, no cree que su votante le crea, pero aún así le reclama que lo vote como si le creyera. Esta actitud de actuar *como si* se creyera en aquello en lo que realmente no se cree puede ser definida como una actitud cínica. El cinismo puede y supo ser un arma de la crítica, pues establece una distancia -a veces, la única posible- entre el oprimido y sus opresores: yo actúo como si te creyera, pero en realidad no te creo nada. Žizek anota, sin embargo, que “en las sociedades contemporáneas, democráticas o totalitarias, esa distancia cínica, la risa,

la ironía, son, por así decirlo, parte del juego. La ideología dominante -agrega- no pretende ser tomada seriamente o literalmente”.⁴

Puede advertirse a simple vista cuán comodamente se mueven los personajes del régimen en esta escena ideológica. Ellos no pretenden ser tomados en serio, porque en definitiva nadie se hace rico trabajando (Barrionuevo), cualquiera puede equivocarse con un cero de más en el cheque a un proveedor (María Julia), la pista de Anillaco es tierra santa (Menem) y la escena circense y farandulesca instaurada por el menemismo sigue adelante (e incluso puede convertirse en un arma de campaña: De La Rúa es un candidato aburrido). Sin embargo la importancia de este elemento cínico es más amplia. Puede decirse, en pocas palabras, que constituye el nexo sustantivo por excelencia, en el magma de los contenidos ideológicos, entre los dos principales discursos que dominan nuestra escena ideológica periférica, a saber, el económico-social del pragmatismo neoconservador y el cultural del relativismo posmoderno.⁵

La distancia entre creencia y conducta política instaurada por este cinismo no implica ningún vaciamiento de la ciudadanía ni crisis de representatividad -más bien, esa implicancia sólo puede de hecho derivarse a partir de una visión errónea de la propia naturaleza de la demo-

cracia burguesa. Recuérdesse apenas que fue nada menos que Kant quien resumió el iluminismo político burgués en la célebre fórmula de “Razonad cuanto queráis y sobre lo que queráis, pero obedeced!”.⁶ No puede establecerse de antemano, de una vez y para siempre, cuánto compromiso efectivo a nivel de las creencias requiere un régimen democrático-burgués para reproducir las condiciones de la dominación: un *como si* generalizado puede ser suficiente. “Es sabido que la burguesía puede ‘discutir’ sobre todo -apuntaba Horkheimer en los años veinte-. Esta posibilidad forma parte de su fortaleza. En general defiende su libertad de pensamiento. Sólo cuando el pensamiento toma la forma de empujar inmediatamente a la praxis... entonces se acaba la tolerancia amistosa”.⁷

Pero esa distancia entre creencia y conducta política plantea otros problemas, ya no desde la perspectiva de la clase dominante y su régimen, sino desde la perspectiva de las clases dominadas y sus relaciones con dicho régimen. En efecto, no alcanza con señalar la escisión del votante entre su creencia y su voto, sino que además hay que explicarla. A propósito de las relaciones entre ricos y pobres anotaba Horkheimer: “El supuesto de la comunicación es el enmascaramiento ideal, pero el estricto y real cumplimiento y reconocimiento, de la de la situación de clase. Puesto que esta comunicación, para la par-

te más pobre, es de una cierta utilidad práctica, o mejor, espera una tal utilidad, elimina habitualmente el conocimiento claro de la diferencia, en primer lugar dentro de la relación misma, después en general. Su conciencia se acomoda a su acción. Porque a los hombres les agrada actuar según su creencia, por lo general terminan por creer aquello según lo cual quisieran actuar”.⁸ Pero sucede que en los pobres de esta descripción horkheimeriana de las relaciones entre ricos y pobres, así como en los votantes de nuestro análisis, en principio, la mistificación ideológica está del lado de la acción y la verdad del lado de la creencia. Estos votantes tienen sobradas razones para no creer en sus candidatos, y no creen en ellos, al menos en principio, pero aún así los votan. La mistificación ideológica está entonces primariamente en la acción misma, es decir, en el propio voto.⁹ Pero esos pobres de la descripción horkheimeriana terminan creyendo en aquella creencia que, cerrando sus escisiones, sea coherente con el curso de acción que de hecho adoptaron. Actúan pues como el creyente de la apuesta pascaliana –ese no menos iluminista que el ciudadano kantiano- debía actuar: “haciendo como si creyera, tomando agua bendita, haciendo decir misas”, porque “naturalmente, eso os hará creer y os atontará”.¹⁰ Y nuestros votan-

tes... ¿terminan a su vez creyendo en esos candidatos a quienes votan?

Yo sé, pero sin embargo... no puedo creerlo (y voto)

La respuesta es afirmativa. Pero para entender las implicancias de esta respuesta debemos antes distinguir entre saber y creencia. En efecto, nuestros votantes saben que sus candidatos no son sino unos desvergonzados representantes de los poderosos que los explotan y los oprimen, pero aún así no pueden creer que sean tales desvergonzados representantes, y los votan. Estos votantes siguen pues tan escindidos como antes, pero ahora la escisión no se instaura directamente entre sus creencias y sus acciones, sino entre sus acciones y sus creencias coherentes con esas acciones, por una parte, y sus saberes acerca de la naturaleza mistificadora de ambas, sus acciones y creencias, por la otra. Estos votantes reniegan de sus saberes o, más propiamente, de los bien sabidos desmentidos que la realidad cotidiana impone implacablemente a sus creencias, para seguir refugiándose en sus creencias y sus acciones obedientes.¹¹

Ahora bien, esos saberes permanecen en el votante –afortunadamente, porque si no permanecieran, la mistificación sería completa, y la crítica impotente, pues carecería de sustento. No permanecen inconcientes en tanto reprimidos, sino concientes,

aunque colectivamente renegados. Y porque esos saberes permanecen, aunque renegados, las creencias y acciones que desmienten no pueden sino subsistir en la forma de creencias y acciones colectivas carentes de sujeto de enunciación. A propósito de este status de la creencia escribe Octave Mannoni: “Nadie cree en ella... y todo el mundo cree. Como si viviéramos en un medio donde flotan creencias que en apariencia nadie asume. *Se* cree en ellas. Nada más trivial que este tipo de observaciones; y, no obstante, si uno se detiene en ellas, nada más asombroso”.¹² Sólo a través de este largo rodeo podemos entender, digamos, por qué el lunes siguiente a las elecciones del 14 de mayo de 1995, elecciones en las cuales Menem obtuvo cerca del 50% de los votos efectivos, nadie creía en Menem ni había votado a Menem. Nadie creía en Menem ni había votado a Menem: simplemente, *se* creía en Menem y *se* había votado a Menem.

Pero aún resta explicar las razones de esta asombrosa conducta. Retomemos un momento la propia expresión “yo sé..., pero aún así no puedo creerlo” y recordemos las expresiones del tipo “yo se que está muerto..., pero aún así no puedo creerlo... y lo escucho cada noche subir las escaleras”. Es evidente que estas expresiones ponen en juego la renegación de un saber traumático: el insoportable dolor que nos cau-

saría asumir la experiencia real de su muerte, registrada en nuestro saber, nos induce a renegar de ese saber y a refugiarnos en nuestra creencia fetichista en sus pasos en la escalera. La experiencia traumática sigue ahí, violenta e incomprensible, reproduciendo la “brecha entre el *saber* (real) y la *creencia* (simbólica)”, y la creencia sigue adelante.¹³ La experiencia traumática que sigue ahí, escindiendo los saberes y creencias de nuestros votantes, no es sino la experiencia de la violencia fundante de la hegemonía menemista, es decir, la imposición de una dictadura del capital via violencia hiperinflacionaria.¹⁴ Sin embargo es preciso hacer dos aclaraciones, en este punto, para evitar malentendidos. La primera: puesto que la hegemonía menemista se sustenta en el chantaje inherente a la convertibilidad, es evidente que una administración aliancista no representaría sino la continuidad de dicha hegemonía y -aunque acaso sea menos evidente, pero resulta más importante en este contexto- la conducta de sus votantes puede explicarse a partir de este mismo análisis. Más adelante volveré sobre este punto. La segunda: la experiencia de la violencia hiperinflacionaria ocupa una posición clave en la interpretación de la conducta de nuestros votantes, pero en las sociedades es común que la experien-

cia de cada nuevo acto de violencia remita oscuramente a la experiencia de otros anteriores, conformando una cadena donde cada nuevo acto de violencia por parte de los poderosos actualiza -e incluso busca actualizar- unos dolores y miedos preexistentes. En definitiva, el primer eslabón de la cadena que aquí nos incumbe no es sino la propia violencia genocida.¹⁵

Ahora bien, la introducción de esta experiencia traumática en la interpretación de la conducta de nuestros votantes que “saben que..., pero aún así creen y votan” nos exige ser críticos en los juicios sobre las mistificaciones inherentes a esta conducta, pero cautelosos en los juicios morales. Después de las elecciones del 14 de mayo de 1995, elecciones en las cuales Menem había obtenido cerca del 50% de los votos efectivos gracias al voto masivo de los trabajadores, muchachitos de la Juventud Radical cantaban en las calles “yo no lo voté...” (y mientras tanto *Página 12* convertía el cantito en doctrina: nuestra única esperanza estaba desde entonces en el “progresismo” porteño). Los muchachitos radicales seguían siendo gorilas -aún sin peronismo alguno a la vista- pues su soberbia cantada no era sino un insulto a los trabajadores que lo habían votado, pero que -sin peronismo alguno a la vista- no habían votado a Perón sino a Menem y no saldrían a cantar “yo

lo voté...”

En los puntos suspensivos...

Volvamos un instante sobre aquella violencia traumática hiperinflacionaria para precisar su status y características. La distinción gramsciana entre coerción y consenso -o entre las funciones de dominación y de hegemonía- abrió paso a una imprescindible revalorización de la importancia de los mecanismos ideológicos de ejercicio del poder en el seno de las sociedades capitalistas más o menos avanzadas.¹⁶ Sin embargo, la problemática de la articulación de estos mecanismos con sus sedes de ejercicio -el estado y la sociedad civil en Gramsci-, particularmente a través de la asimilación de esta problemática gramsciana en el seno del estructuralismo, condujo a unos esquemas de interpretación que pueden impedir el reconocimiento de ciertos modos de violencia centrales para el ejercicio del poder burgués.¹⁷ La violencia hiperinflacionaria que aquí nos ocupa es una de ellas. Perry Anderson advierte, en este sentido, acerca de “las dificultades de cualquier teoría demasiado dualista sobre el poder de la clase burguesa”. Y anota que “el análisis dualista al que tienden típicamente las notas de Gramsci no permite un tratamiento adecuado de los constreñimientos económicos que actúan directamente para reforzar el poder de la clase burguesa (...) Estos constreñimientos no implican ni la

convicción del consenso ni la violencia de la coerción”.¹⁸

Anderson ejemplifica con dos casos caros a nuestra realidad política: el miedo al desempleo y la corrupción. No obstante, respecto del caso que nos interesa -los procesos hiperinflacionarios-, deberíamos modificar un poco las cosas y afirmar que no implica la convicción del consenso (aunque generará un ceñido consenso, chantaje mediante, alrededor de la convertibilidad), pero en cambio implica violencia (aunque no sea la violencia legítima monopolizada por el aparato represivo del estado). La violencia hiperinflacionaria es un modo económico y privado de la violencia -se diferencia así de la violencia de estado, pero también de los constreñimientos propios de la reproducción capitalista en condiciones normales como el desempleo o la disciplina fabril. Este status ambiguo, como modo de violencia sin sujeto manifiesto o modo de violencia del dinero mismo, envuelve a la violencia hiperinflacionaria en un aura mística particularmente eficiente en cuanto a su irracionalidad traumática.

Esta violencia es el modo de ejercicio del poder que funda, en las condiciones específicas de la sociedad argentina, una nueva hegemonía política (que denominamos genéricamente como hegemonía menemista) y una nueva ideología hegemónica (que no es sino una variante periférica

de los antes mencionados pragmatismo neoconservador y relativismo posmoderno). Esta nueva ideología se caracteriza por dos rasgos específicos mutuamente dependientes: no contiene promesa alguna en sí, niega cualquier alternativa fuera de sí. Estos dos rasgos parecen novedosos. Las grandes ideologías políticas del pasado se caracterizaron por contener en sí promesas de felicidad colectiva, por más mistificada que fuera la manera en que articularan esas promesas -un ejemplo extremo: incluso la ideología fascista articulaba una promesa de humanización de las relaciones sociales, a la manera de una regresión a modos precapitalistas de comunidad orgánica. Se caracterizaron también por disputar con ideologías alternativas fuera de sí, por más mistificadamente que presentarían esa disputa y esas alternativas -en el mismo ejemplo: la ideología fascista disputaba explícitamente con ideologías que identificaba como "burguesas" y "bolcheviques", a las que atribuía una deshumanización de las relaciones sociales asociada con una conspiración de los judíos u otras cosas por el estilo. Ninguna de estas características parece estar presentes en la ideología que nos ocupa. Esta aspira a presentarse como post-ideológica, esto es, no aspira a presentarse como un discurso verdadero y por ende no-ideológico -en eso se asemejaría a otras ideologías-, sino como un discurso post-ideológico que nie-

ga la existencia misma de discursos verdaderos y por ende de discursos ideológicos. Es en este preciso sentido que puede definirse como una ideología cínica -y que sigue siendo ideológica a pesar de sus aspiraciones.

1999: elecciones menemistas

En este marco operan nuestros candidatos y votantes. Los candidatos burgueses ya no deben prometer ni disputar a la vieja usanza: desde que el propio Menem no pudo ser candidato para representar en persona al menemismo, debieron convertirse en copias suyas para seguir representando al menemismo.

La Alianza emprendió hace tiempo esta conversión y, tras un extenso y agitado proceso que la puso más de una vez al borde de la disolución, su esfuerzo fue rindiendo frutos en De la Rúa. La copia de Menem fue imprimiéndose así en la imprenta de la competencia. La imprenta oficialista tuvo entonces dos estrategias posibles: reclamar su patente como imprenta oficialista para imprimir dicho producto o comenzar a imprimir un producto diferenciado. En realidad, la segunda estrategia era inviable, pero Duhalde vaciló y le costó caro. Arriesgó un cambio de imagen y sugirió renegociar con los acreedores de la deuda externa, es decir, con la gran burguesía nativa y foránea que comanda el crédito: shock bursátil y masmediático, derrumbe en las encuestas y adiós pro-

ducto diferenciado. Desde ese momento Wall Street saludó cada nuevo ascenso de la Alianza en las encuestas mientras Duhalde se sumergía en su oscuro pantano privado de la concertación. Si esa gran burguesía hubiera publicado su ley para candidatos esa ley rezaría: *serás a imagen y semejanza de Menem, o no serás nada; prometerás en tus campañas y cosecharás votos, pero prometerás solamente que gobernarás como Menem; disputarás con tus competidores, pero disputarás solamente acerca de quién es la copia más auténtica de Menem.*¹⁹

Desde que el propio Menem no pudo ser candidato, los votantes a su vez no se vieron obligados a votar al menemismo en su persona. Esto introduce una modificación en nuestras consideraciones previas. En efecto, si el lunes posterior a las elecciones del 14 de mayo de 1995 nadie había votado a Menem, el lunes siguiente al 24 de octubre de 1999 hay quienes votaron a De La Rúa. Si en aquella oportunidad nadie festejó los resultados, hubo quienes los festejaron en esta.

Pero esto no puede explicarse en absoluto interpretando dicho resultado como el éxito de un voto castigo. Debe explicarse a partir del precario consuelo de unos votantes que pudieron, después de una década, deshacerse de esa culpa íntima de votar a Menem, sin correr no obstante el riesgo de no votar a Menem.

La transfiguración les permitió así votar, a la vez sin culpa ni riesgo, a Menem en De La Rúa. Este consuelo es precario y será poco duradero, ciertamente, porque nuestros votantes *saben* de antemano que ambos son una misma y desagradable cosa. Pero la transfiguración aligera un poco la inevitable tensión que genera la escisión entre sus *saberes* y sus *creencias*, permitiendo que estas creencias sean reafirmadas por un momento contra aquellos saberes. Los réditos para la burguesía del mecanismo de recambio bipartidista de administraciones son en este punto evidentes.²⁰

El horizonte de nuestra izquierda política y social es complejo. Y esto no es una obviedad: significa en este marco que estamos ante un horizonte mucho más complejo que una mera crisis de representatividad. No basta por ende con denunciar que *Menem, Duhalde y la Alianza son lo mismo* para reclamar luego que el votante *no les crea* y nos vote, porque ese votante sabe que son lo mismo y sin embargo les cree y los vota. Entre ese saber renegado, por una parte, y esas creencias y acciones efectivas, por la otra, hay una escisión. Y para nada podemos imaginar la sutura de esa escisión como un simple acto. Debemos imaginarla como un proceso de sutura de largo aliento, un proceso que requiere la reconstrucción de nuestra confianza en nosotros mismos, en nuestra potencia como sujetos de una

práctica y una organización políticas autónomas, y la construcción simultánea de un nuevo proyecto revolucionario. La alternativa que enfrentamos se resuelve entre un mercado anómico de votantes escindidos por la violencia traumática del capital o un sujeto autónomo y autorganizado.

Notas:

¹ El único acto de la reciente campaña que puede calificarse de masivo fue el de Duhalde (River, 27/9). De todas maneras, con sus 45.000 asistentes ordenadamente despachados en omnibus, fue apenas un pálido reflejo de actos de cierre como aquellos de Luder y Alfonsín en la Avenida 9 de Julio de 1983. Los verdaderos programas de actualidad política prácticamente desaparecieron de la TV, con la excepción de clásicos como el *Tiempo Nuevo* de Grondona, debidamente aggiornados.

² Para estimar este fenómeno puede recurrirse a la metodología de A. López (*No votarás. Ausentismo y voto en blanco tras una década de democracia*, Cuadernos del IDEP nro.24, Bs.As., 1993), que define esta negativa a votar como no-voto relativo, esto es, como agregado del voto en blanco más el ausentismo relativo, resultante éste del ausentismo absoluto menos el ausentismo estructural producto de errores de padrón, enfermos, traslados, pérdida de documentos, y otras circunstancias fortuitas. Si prolongamos las estimaciones de López sobre la evolución de este no-voto relativo, obtenemos los siguientes índices para elecciones presidenciales: 1,9% en 1989; 9,2% en 1995 y 9,3 en 1999 -estimación provisional en base a *Página 12*, 26/10/99.

³ Los dos números impresos del nuevo periódico de izquierda *Reunión* contienen un dossier sobre las posiciones de la izquierda ante las elecciones que provee una muestra representativa de estos argumentos. Entre los comentarios, véase particularmente *El riesgo de despolitización y derechización* de R.Astarita (en *Reunión* 2, septiembre).

⁴ Slavoj Žižek: *El sublime objeto de la ideología*, México, S.XXI, 1992, p.55. El hecho de que no requiera ser tomada en serio o, en otras palabras, que se asuma a sí misma como una máscara, no niega su carácter de mistificación ideológica, como señala correctamente Žižek contra Peter Sloterdijk (ver su *Crítica de la razón cínica*, Madrid, Taurus, 1989).

⁵ En este contexto no debe entenderse al posmodernismo como un movimiento estético norteamericano de los 60 ni como un giro del pensamiento francés de los 70, sino -para valernos de la categoría de Jameson- como dominante cultural del capitalismo contemporáneo (véase su "Posmodernismo: lógica cultural del capitalismo tardío", en *Zona Abierta* 38, Madrid, 1986). De la misma manera, tampoco debe considerarse al neoconservadurismo como, por caso, el giro hacia la "nueva macroeconomía clásica" del *mainstream* económico, sino como una ofensiva ideológica mucho más amplia (ver por ejemplo B. Fine y L. Harris: "Ideology and markets: economic theory and the 'new right'", *Socialist Register* 1987, Londres, Merlin Press). En otras palabras: es en los medios masivos de comunicación antes que en una vanguardia artística o en una moda académica.

mica donde debemos rastrear sus huellas. Eduardo Gruner (en *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*, Bs.As., Colihue, 1997, especialmente cap.5) avanza en una interpretación de esta articulación entre posmodernismo y neoconservadurismo desde nuestra perspectiva de capitalismo periférico.

⁶ Inmanuel Kant: "Respuesta a la pregunta: ¿qué es el iluminismo?", en *Espacios* 4/5, Bs.As., 1986. Se ha ido perdiendo, mientras tanto, la intención revolucionaria de la fórmula kantiana desde 1783.

⁷ Max Horkheimer: *Ocaso*, Barcelona, Anthropos, 1986, p.52.

⁸ Idem, p.47-48.

⁹ Esto no debe causarnos demasiada extrañeza, a menos que entendamos de manera por demás ingenua las relaciones entre conciencia y praxis. Pues la máquina mistificadora por antonomasia de la sociedad capitalista -el propio intercambio de mercado y su fetichismo- siempre opera ante todo en la propia praxis de los agentes que intercambian mercancías, y luego en sus cabezas: "las relaciones sociales entre sus trabajos privados se les ponen de manifiesto como lo que son..." (K.Marx: *El Capital*, México, S.XXI, 1990, I, p.89, subrayado mío).

¹⁰ Blaise Pascal: *Pensamientos*, Bs.As., Sudamericana, 1971, p.172.

¹¹ Tampoco debería causarnos extrañeza que haya sido precisamente en un artículo sobre el fetichismo ("Fetichismo", en *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, III, p. 2993 y ss.) donde Freud analizara este mecanismo de la *Verleugnung*.

¹² Octave Mannoni: "Ya lo sé, pero aún así...", en *La otra escena. Claves de lo imaginario*, Bs.As., Amortortu, 1997, p.11.

¹³ Slavoj Zizek: *Porque no saben lo que hacen. El goce como factor político*, Bs.As., Paidós, 1998, p.314. Mannoni califica a esa experiencia traumatizante como *unheimlich*, palabra alemana utilizada por Freud cuya traducción más inmediata sería *sinistra*, pero que en realidad significa literalmente algo no- (*un-*) familiar u hogareño (*heimlich*), o mejor aún, algo familiar u hogareño devenido extraño, ajeno, pavoroso.

¹⁴ Esto mismo sostuve en "Argentina 1995: ¿una nueva hegemonía?" (*Cuadernos del Sur* 19, junio de 1995), a saber, que los procesos hiperinflacionarios de 1989-1991 sentaron las bases del chantaje que sustentó la posterior hegemonía menemista. Esto sigue siendo así. No obstante en aquella oportunidad me concentré en la interpretación de los propios procesos hiperinflacionarios -como una manifestación de la lucha de clases, como una ofensiva del capital contra el trabajo en el terreno del dinero-, antes que en la manera en que esos procesos quedan registrados como experiencia en la conciencia colectiva.

¹⁵ Los representantes de la burguesía saben valerse de estos encadenamientos: sus discursos responden a una matriz: "yo no lo hice..., pero ojo, que vuelvo a hacerlo", actualizando así esos dolores y miedos preexistentes. Lamentablemente no puedo detenerme aquí en esta matriz. La experiencia del genocidio de la dictadura, por su parte, parece haber sido registrada en amplios sectores de la misma manera renegada que la experiencia hiperinflacionaria:

después de su puesta en escena mediante el Juicio a las Juntas y el *Nunca Más* se escuchó decir: "sí, yo ahora me acuerdo de aquel muchacho..." -dónde el "ahora" posterior a la escenificación oficial abre las puertas a un reconocimiento seguro de ese saber renegado acerca del muchacho desaparecido.

¹⁶ Terry Eagleton: *Ideology. An introduction*, Londres-New York, Verso, 1996, p.114 y ss. Respecto de Gramsci véase especialmente *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno* (Bs.As., Lautaro, 1962) y *Los intelectuales y la organización de la cultura* (México, J.Pablós, 1975).

¹⁷ Me refiero al dualismo topológico althusseriano entre "aparatos represivos" y "aparatos ideológicos" de estado (Louis Althusser: "Ideología y aparatos ideológicos de estado", en *La filosofía como arma de la revolución*, México, S.XXI, 1987; véase asimismo "Contradicción y sobredeterminación", *La revolución teórica de Marx*, México, S.XXI, 1987); me refiero también al enfoque -aunque más matizado- de las nociones de hegemonía e ideología de Poulantzas (en particular en *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, S.XXI, 1990, respectivamente p.169 ss. y p.247 ss.); y, con mayor razón, a los divulgadores de estas concepciones.

¹⁸ El análisis de las distintas versiones gramscianas de esta articulación entre los pares consenso/coerción y sociedad civil/estado es, por lo demás, el eje de su conocido artículo sobre Gramsci ("Las antinomias de Antonio Gramsci", en *Cuadernos del Sur* 6, octubre de 1987) y, en parte, de su polémica con Poulantzas en la *New Left Review* de mediados de los 60. Las citas corresponden a las páginas 83 y 99 nota.

¹⁹ Antes que se instalaran las urnas, la gran burguesía ya había votado donde gusta hacerlo, en la bolsa: la semana previa a las elecciones el Merval subió más de un 7%, dando por descontado el triunfo de De La Rúa (*Página 12, Supl.Cash*, 24/10/99). Tras las elecciones confirmaron su voto: la Bolsa, la ABA, la CAC, la SRA y el CEA manifestaron su satisfacción ante los resultados. El representante de los grandes comerciantes, J. Di Fiori, fue quizás el más entusiasta: señaló que el electorado "optó por la propuesta que apunta a sostener la convertibilidad" y "eligió continuar con este plan económico, frente a una propuesta demagógica de aumentar jubilaciones y evitar despidos por un año" (*Ambito Financiero*, 26/10/99). (La ULA, en disputa con el CEA, fue acaso el sector más reticente en sus expresiones de entusiasmo.)

²⁰ Los resultados de las elecciones desmintieron una vez más, rotundamente, la idea de que el régimen y el sistema de partidos políticos atraviesan una crisis de representatividad. La abstención fue reducida: un 19,55% del padrón total de electores; el voto en blanco fue insignificante: un 2,97% de los votos positivos (*Página 12*, 26/10/99 - datos provisionales). Patti obtuvo un 7,71% de los votos para gobernador y apenas 4,05% para diputados; Rico se impuso nuevamente como intendente de San Miguel con un 68% de los votos, pero en el marco del PJ; Bussi pasó del gobierno de Tucumán a un 17% de los votos para diputados (*Clarín*, 26/10/99). La izquierda en su conjunto, por su parte, sumó un 3% de los votos para diputados, esto es, duplicó los obtenidos en 1995 pero apenas superó los obtenidos en 1989.